

PRODUCCIÓN TECNOLÓGICA E IDENTIDAD DURANTE EL DOMINIO INCAICO EN EL NOROESTE ARGENTINO

Luis R. González* y Myriam N. Tarragó**

Resumen

La dominación incaica en el valle de Yocavil del Noroeste Argentino implicó una espinosa articulación entre el poder central y el de las formaciones sociales complejas locales. Considerando a la producción tecnológica como un campo adecuado para explorar las formas y resultados del enfrentamiento entre los intereses estatales y los de los sectores subordinados, se analizan algunos aspectos de los cambios y continuidades en la metalurgia y alfarería santamarianas, tanto en sus aspectos técnicos como expresivos. De dicho análisis se desprende que, así como la circulación de materiales asociados al imperio operó por canales restringidos, el «modo de hacer» tradicional, en términos amplios, mantuvo vigencia. Interpretando la evidencia en el marco de fenómenos de resistencia cultural, se propone que, para alcanzar los objetivos programados para la región, los administradores estatales debieron respetar determinados elementos del sistema de representaciones autóctono, a su vez vinculados con cualidades organizativas de las formaciones sociales.

Abstract

TECHNOLOGICAL PRODUCTION AND IDENTITY DURING THE INKA DOMINATION IN NORTH-WESTERN ARGENTINA

Inka domination in the Yocavil valley of Northwestern Argentina implied a complex articulation between central and local social formations power. Using technology production as the field to explore ways and results of struggle between state and subordinated sector interests, we analyze some aspects of the changes and continuities in Santa Maria metallurgy and pottery in their technical and expressive aspects. From such analysis, we conclude that, as the circulation of material within the empire operated by restricted channels, the traditional forms of production persisted. Interpreting evidence from the perspective of cultural resistance, we propose that, in order to achieve production targets for the region, state administrators must have respected some elements of the local system of representation that were related to the specific organizational qualities of social formations in the region.

1. Introducción

Entre las cualidades más notables que revistieron la formación y expansión del Tawantinsuyu se destaca la capacidad del Estado para acomodar bajo su administración a las disímiles realidades socioculturales y ambientales existentes dentro de su extenso territorio. En tal sentido, la aplicación de las normas políticas y económicas diseñadas desde el gobierno central siguieron un curso lo suficientemente flexible como para adecuarse a las cambiantes situaciones regionales, sin que por ello se perdieran de vista los específicos intereses imperiales. Ya fuera por dominación directa o indirecta, para la organización estatal fue imprescindible centralizar el control político, reservándose el monopolio de la coerción y de la toma de decisiones que permitieran sostener al aparato estatal y

* Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti, Buenos Aires. E-mail: zangolez@yahoo.com

** Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti, Buenos Aires. E-mail: mtarrago@mail.retina.ar

desarrollar las actividades planificadas en cada caso, así como poner en marcha las reformas económicas de acuerdo con el potencial productivo de cada región. De todas formas, las profundas transformaciones aparejadas por el proceso de articulación del Estado con las comunidades que poblaban los territorios que iban siendo incorporados no derivaron solo de las imposiciones del incario sino también de las respuestas a la dominación, prácticas y simbólicas, ejercidas por las formaciones sociales locales.

En el presente trabajo se explorarán algunas de las características de la producción de bienes de metal y de cerámica en el Noroeste Argentino durante la dominación estatal, centrando el análisis en el caso del valle de Yocavil meridional. Se considera a las prácticas tecnológicas como uno de los escenarios en los que se dirimieron los conflictos derivados del enfrentamiento entre el poder central y el de los líderes locales. En tal sentido, la tecnología es evaluada, fundamentalmente, como un hecho cultural, condicionada por variables técnicas, pero determinada por precisas condiciones sociohistóricas (Dobres y Hoffman [eds.] 1999; Dobres 2000; L. González 2002a) y, por tanto, capaz de reflejar no solo situaciones de dominación, sino también de resistencia a la dominación. Los datos obtenidos se integran a los surgidos del estudio de otros aspectos del registro arqueológico de la región (González y Tarragó e.p.) y permiten, en su conjunto, avanzar en propuestas acerca de la dinámica sociocultural durante la época tratada.

2. El valle de Yocavil meridional

Al momento de la ocupación incaica, el valle de Yocavil meridional se encontraba densamente poblado por comunidades que habían erigido un gran número de asentamientos de diferentes características y magnitudes. La geomorfología del área había otorgado un marco específico a las modalidades de uso del espacio y a la organización de las actividades productivas, en especial aquellas relacionadas con la obtención de los alimentos que sostuvieran el paulatino crecimiento demográfico. En este sentido, sobresalieron los cultivos mesotérmicos de buen rendimiento (maíz, poroto, ají y zapallo) y el pastoreo de camélidos, aprovechando los pastizales de altura. En el fondo de valle, además, prosperaron especies arbóreas valiosas por sus maderas y frutos, tales como algarrobo, chañar y churqui (Tarragó 2000). Con un clima de tipo árido a semiárido y escasas precipitaciones concentradas en los meses estivales, las principales fuentes de agua permanente del valle eran el río Santa María que, de sur a norte, recorre el fondo del bolsón, y los cursos que descienden desde el este, de la sierra del Aconquija, tales como el Caspinchango, Entre Ríos, Andalhuala y Ampajango.

A occidente del acuífero principal, los grandes poblados indígenas tendieron a ser erigidos en puntos altos de las serranías o sus piedemontes o en ambos espacios, siendo los ejemplos más conspicuos Fuerte Quemado, Las Mojarras, Rincón Chico y Cerro Mendocino. Hacia el oriente, en cambio, los asentamientos conglomerados se ubicaron relativamente alejados del fondo del valle, en mesetas o quebradas altas, y asociados a los cursos de agua mencionados, como en La Maravilla-Masao, Pabellón, Loma de Jujuil, Loma Rica de Shiquimil, Andalhuala, Ampajango y Pajanguillo (Fig. 1).

En momentos preincaicos, la consolidación de sociedades jerarquizadas con distintos grados de control político regional derivó en una articulación de los asentamientos según diferentes niveles, habiéndose propuesto que, para el suroeste del área, el poblado de Rincón Chico asumió la primacía dentro de un sistema de complementariedad funcional para la obtención directa de los recursos básicos para la subsistencia. Este proceso se habría acelerado a partir del siglo XIII, acompañando el crecimiento edilicio y demográfico de Rincón Chico, el que habría alcanzado su máxima expansión poco antes o en coincidencia con la llegada cuzqueña. De tal modo, una multitud de asentamientos de menor magnitud se habrían convertido en proveedores complementarios de alimentos cultivados para el núcleo político (Nastri 1999a; Tarragó y Nastri 1999).

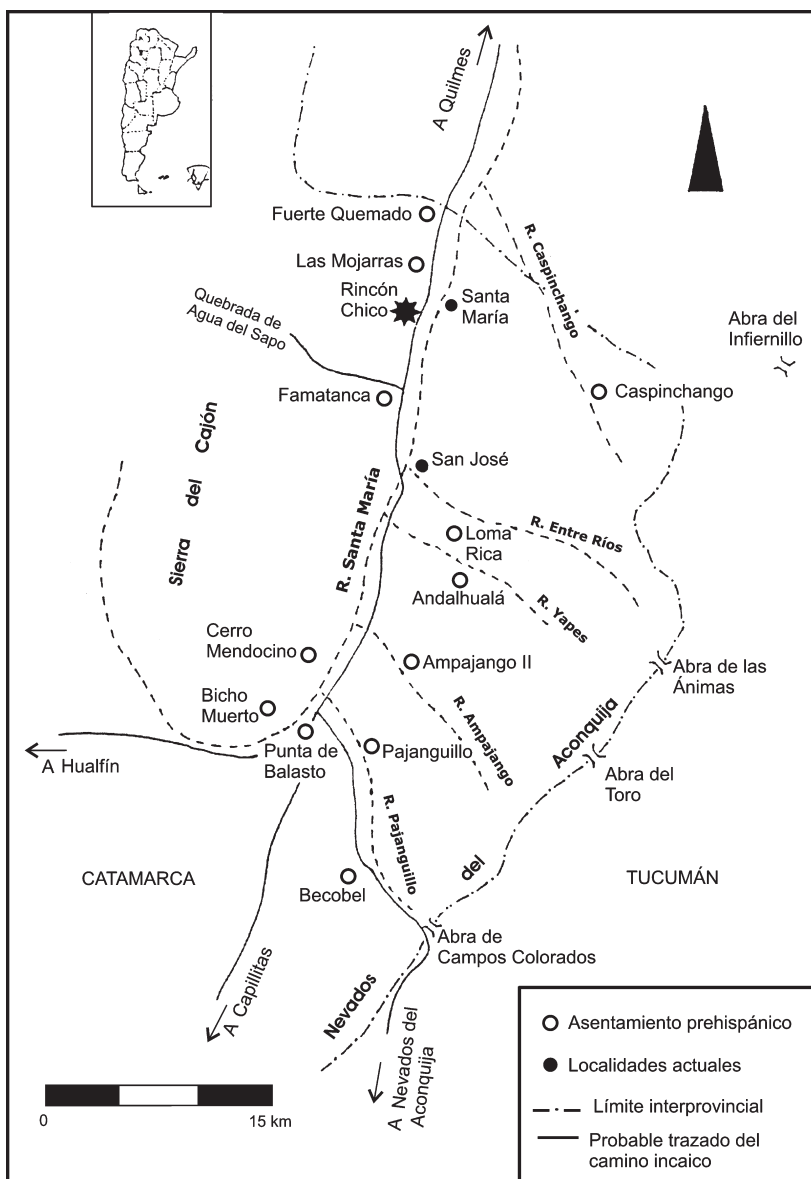


Fig. 1. Sector meridional del valle de Yocavil, con indicación de las localizaciones mencionadas en el texto.

La cabecera política parece haber desarrollado una extensa red de interacción macrorregional en la que determinados bienes, en particular las artesanías de prestigio identificadas con el característico estilo «santamariano», tuvieron la oportunidad de llegar a territorios distantes. Es probable que estas relaciones extragrupalas hayan sido paulatinamente centralizadas por segmentos sociales de elite, los que, además de controlar la producción y la distribución de los recursos de subsistencia, edificaron un sistema de representaciones dominante que contribuía a reproducir las condiciones materiales de existencia de las comunidades (Tarragó *et al.* 1997).

Sobre la organización sociopolítica, económica y espacial vigente, el Estado impuso sus propios principios. De acuerdo a los fechados radiocarbónicos obtenidos en diversos contextos a partir de las investigaciones que llevamos adelante en el valle, la ocupación incaica en la región se

habría iniciado durante el primer cuarto del siglo XV (González y Tarragó e.p.). Corresponde resaltar que es presumible que el valle acreditara una singular importancia estratégica, toda vez que conformaba un corredor natural para las comunicaciones entre las tierras altas puneñas y la región valliserrana, y que permitía conectar el corazón del imperio con sus dominios más australes, acceder a las provincias de Cuyo y, más allá, al centro de Chile. En tal sentido, un tramo principal del *capacñan* recorría el fondo del valle, del que se desprendían diversos ramales secundarios (Raffino 1981, 1995; L. González 1999). De igual modo, habría sido de interés para el Estado apropiarse de las sofisticadas organizaciones productivas existentes al momento de la dominación, las que podían ser redimensionadas, reformuladas y reorientadas a, relativamente, bajo costo. Por una parte, podía aprovecharse la entrenada mano de obra disponible y, por otra, la organización sociopolítica vigente le posibilitaba al imperio implementar una dominación indirecta a través de la captación de los líderes locales como agentes del Estado.

3. Producción tecnológica y complejidad social

En el proceso sociocultural de las comunidades preincaicas en el sur del valle de Yocavil, el paulatino incremento tanto de la diferenciación social interna como de la escala de las interacciones a larga distancia, tuvieron serias consecuencias para la organización de las actividades productivas, auspiciando la elaboración de bienes valorizados, que demandaban alta inversión de trabajo, conocimiento específico y entrenamiento y habilidad de los operarios, la consolidación de cuerpos de mano de obra especializada y la explotación de fuentes de materias primas específicas y, en algunos ocasiones, considerablemente distantes. Además del valor derivado de su excelente factura técnica, estos bienes fueron enriquecidos con el *surplus* simbólico materializado, en el valle de Yocavil, en la conocida iconografía santamariana (Nastri 1999b). Al respecto, el surgimiento y la consolidación del estilo santamariano se encuentra profundamente enraizado en el proceso de complejidad social de la región (cf. Earle 1990; DeMarrais *et al.* 1996). A través de su iconografía, se resumieron los principios fundantes del universo mítico surandino, los que conformaron la base ideológica sobre la que se fundamentó la desigualdad social. La potencia del mensaje *simbólico* queda evidenciada por la amplia dispersión que alcanzaron los materiales e *iconografía* santamarianos: fuera de los valles calchaquíes han sido reconocidos en Antofagasta de la Sierra, Cochabamba, Sacsahuamán, el norte de Chile y aún en Patagonia (Tarragó *et al.* 1997). Sobre la base de ello, puede afirmarse que el santamariano constituyó un auténtico estilo «de época» (Tarragó *et al.* 1997: 227; Nastri 1999b: 378).

El estilo santamariano se plasmó en diferentes soportes, siendo los más conocidos la alfarería, los metales, las representaciones rupestres, la madera y los frisos en aparejos murarios. También fue impreso en tejidos, aunque, por problemas de conservación de los materiales, las evidencias arqueológicas son escasas (Renard 1997: fig. 2). No obstante, el permanente respeto por el repertorio iconográfico, el tratamiento y la combinación de los motivos varió de acuerdo al tipo de material tratado. En lo que concierne a esta comunicación, los objetos cerámicos de mayor tamaño y donde las representaciones alcanzaron su mayor complejidad fueron las urnas funerarias. Si bien se trata de piezas muy conocidas, corresponde resaltar su excelente factura, con pastas sólidas en tonos rojizos, con buena cocción y la incorporación de tiestos molidos a la matriz arcillosa, sobre todo en la variedad Santa María Tricolor. Se presentan decoradas en negro y rojo o solo en líneas negras, sobre un fondo blanco y, desde lo formal, están compuestas por tres partes: una base tronco-cónica, un cuerpo globular y un cuello cilíndrico evertido que, por lo general, muestra un rostro antropomorfo desdoblado en ambos lados de la vasija (Tarragó 2000: 282-284). Las cejas, los ojos y la boca pueden aparecer pintados o aplicados en relieve, al igual que brazos marcados en el sector central de las piezas (Fig. 2). Un rasgo característico es el gran número de elementos que llenan los espacios, como si existiera en verdadero «horror al vacío». Los motivos zoomorfos incluyen aves como el suri (*Rhea* sp.), serpientes bicéfalas, batracios o un posible camélido. Los motivos geométricos o abstractos aparecen en secciones verticales u oblicuas: bandas escalonadas, rombos encadenados o concéntricos, triángulos alternados o escalerados, volutas y líneas paralelas con

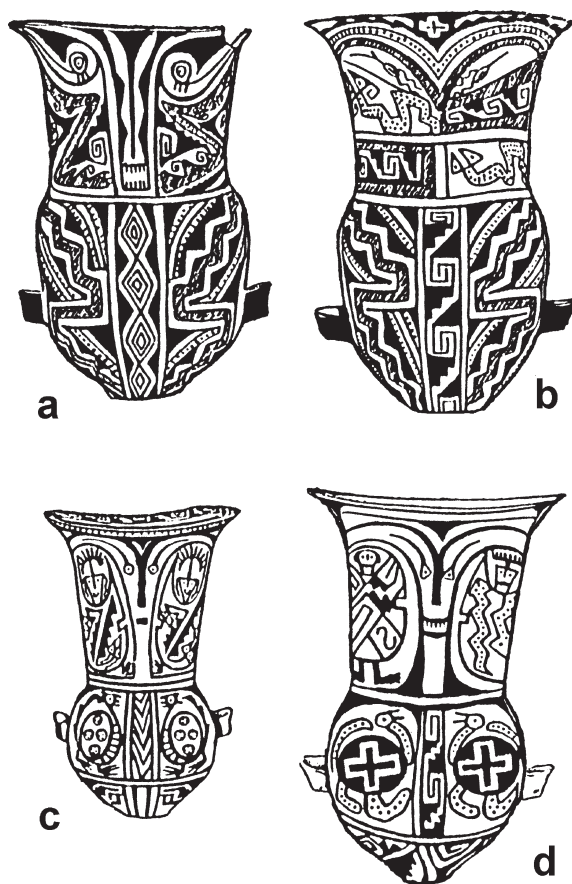


Fig. 2. Urnas santamarianas: a) fase II (altura: 51 centímetros); b) fase III (altura: 59 centímetros); c y d) fase IV (alturas: 61 y 60 centímetros respectivamente).

hileras de motas negras, constituyendo este último el elemento básico que aparece en todas las variaciones o «versiones de un tema mítico» (Nastri 1999b: 377) que representa cada espécimen. También se conocen figuras humanas que, por lo general, están inscritas en los cuellos de las urnas de la fase IV o en el borde interno de la fase V (Fig. 2 c, d; Perrota y Podestá 1978). En su conjunto, para las urnas el estilo santamariano se basa en la repetición de un universo limitado de elementos de diseño pero combinados de formas particulares que no solo remiten a variantes cronológicas y regionales sino también a diferentes canales de circulación de las piezas en el seno de las comunidades. Por otro lado, el hecho de que las imágenes se ajusten a convenciones comunes que involucran a un personaje central con atributos de seres del mundo natural y actitudes de ofrenda o sacrificio, sumado a que no se conocen dos urnas idénticas, sugiere un dominio altamente consciente por parte de los antiguos artesanos del significado de los motivos y de sus combinaciones (Nastri 1999b: 378).

La alfarería santamariana clásica se presenta en los asentamientos del valle de Yocavil acompañada por otro tipo cerámico, denominado Famabalasto Negro Grabado por E. M. Cigliano (1956-1957, 1958), en proporciones minoritarias pero llamativamente regulares (entre 7 y 10% en cada muestra). La restringida distribución en el Noroeste Argentino de las piezas de este estilo ha llevado a plantear que ellas fueron producidas en el valle Yocavil meridional *sensu lato* (Palamarzuk y Manasiewicz e.p.). La cerámica de estilo Famabalasto Negro Grabado, conocida principalmente a partir de escudillas y, en mucha menor medida, por jarros o vasos, presenta aspectos y atributos tecnológicos muy diferentes a los verificados en las urnas. El color de la superficie y de la matriz es

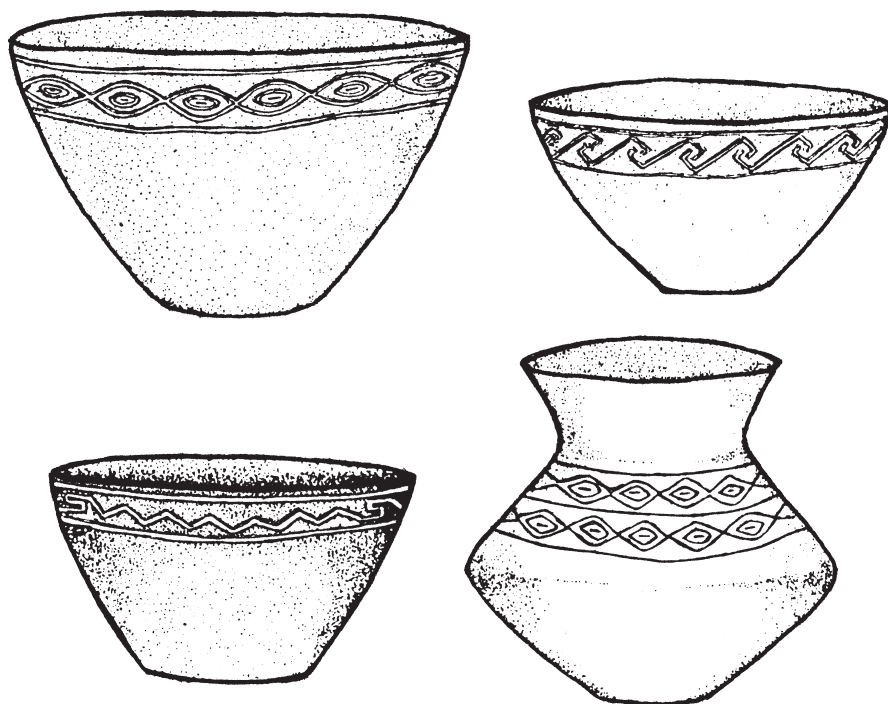


Fig. 3. Alfarería de estilo Famabalasto Negro Grabado (altura: entre 15 y 22 centímetros).

oscuro, variando entre el pardo grisáceo y el negro. Las pastas son de granulometría muy fina, sin incorporación de tiestos molidos y las inclusiones no plásticas detectadas parecen ser componentes ya presentes en la arcilla utilizada. Estas características no serían solo el resultado del uso de materias primas específicas (Piñeiro 1996; Sjödin 1998), sino también de técnicas de cocción particulares que incluían un proceso de ahumado (Palamarzuk y Manasiewicz e.p.). No solo la tecnología de producción sino también la forma de plasmar los elementos iconográficos y su selección y distribución fue muy diferente a la empleada en la alfarería santamariana clásica. En el Famabalasto Negro, las representaciones fueron realizadas por incisión en la pasta cruda y los motivos predominantes son los geométricos, en particular rombos encadenados, grecas, zigzags y pequeños círculos. Entre los motivos figurativos se registran serpientes, batracios serpentiformes y aves. Un rasgo sugestivo es que la decoración fue dispuesta, casi siempre, en forma de guardas limitadas por dos líneas rectas paralelas (Fig. 3). En las formas predominantes, las escudillas, estas guardas fueron ubicadas en los bordes de las piezas (Palamarzuk y Manasiewicz e.p.).

En el caso de los metales, y a similitud a lo que se observa en la alfarería Famabalasto Negro Grabado, los temas del estilo santamariano se presentan de forma menos abigarrada que en las urnas funerarias clásicas y concentrados en unos pocos motivos dominantes plasmados en líneas en relieve, obtenidas por grabado en los moldes. Es probable que tal situación no derive solo de una mayor o menor dificultad técnica para «decorar» a los materiales sino también de una diferencia en el valor simbólico de las piezas de metal respecto de las de cerámica (A. González 1998: 161). Los objetos de bronce más sobresalientes son las placas, circulares o rectangulares, las campanas ovales y las hachas con o sin mango incorporado (Figs. 4, 5, 6). Esta trilogía de objetos (placas-campanas-hachas) fue parte importante de la parafernalia que acompañaba al ceremonialismo religioso de las sociedades tardías de la región, el que incluía sacrificios cruentos y el cercenamiento de cabezas (A. González 1983: 268; 1992: 248). Los rostros o cabezas humanas, de diversos tamaños, son, precisamente, los motivos más habituales que se encuentran en los objetos de bronce. También



Fig. 4. Discos santamarianos de bronce (diámetro: entre 23 y 27 centímetros).

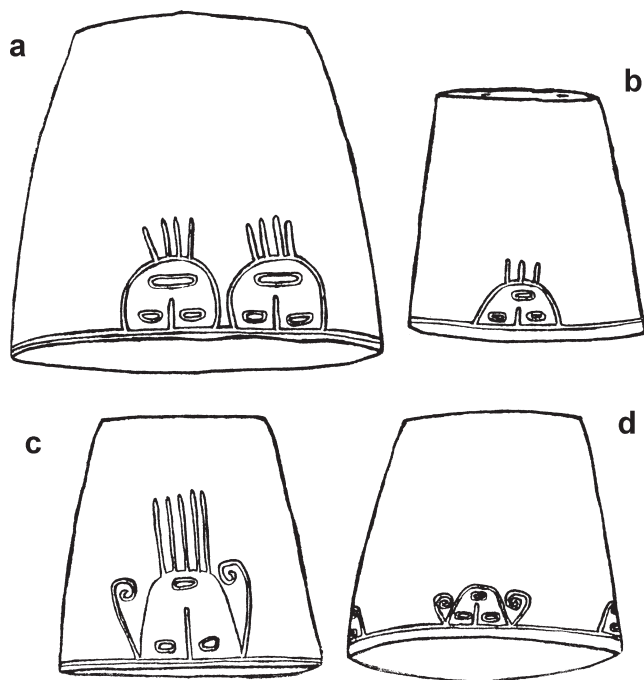


Fig. 5. Campanas ovales de bronce santamarianas (alturas: a. 19 centímetros; b. 11 centímetros; c. 20 centímetros; d. 22 centímetros).



Fig. 6. Anverso y reverso de un hacha ceremonial de bronce (altura: 29,5 centímetros).

aparecen algunas representaciones zoomorfas, como roedores, serpientes bicéfalas y aves y, con menor frecuencia, figuras humanas (guerreros con grandes escudos) similares a las presentes en los cuellos de las urnas de la fase IV. En algunos casos, los motivos figurativos se funden con los geométricos, como ocurre en los rombos encadenados. En las hachas, los mangos suelen presentar guardas escalonadas, mientras que en las campanas la decoración y diseños tienden a ubicarse en la boca de las piezas.

4. La elaboración de metales

La metalurgia prehispánica del Noroeste Argentino se desarrolló de forma independiente a los considerados «centros de invención» andinos y adquirió una definida identidad tanto en las características formales de los objetos producidos como en los procedimientos aplicados para ello (L. González 2002b). Entre los siglos V y VII, en el marco de la entidad sociocultural La Aguada, los metalurgistas pusieron a punto el manejo de la aleación de cobre y estaño y emplearon sofisticados métodos de colada, como el de la «cera perdida», para elaborar piezas de decidida función simbólico-religiosa (A. González 1998: 134; Cabanillas *et al.* 2002; L. González 2002a). A partir del siglo X, en algunas áreas del Noroeste Argentino, la escala de las actividades metalúrgicas comenzó a incrementarse dramáticamente. El valle de Yocavil, en particular, parece haberse transformado en un verdadero laboratorio de innovación técnica en el que se elaboraron algunos de los objetos de metal de mayor volumen de los Andes prehispánicos, como las mencionadas placas y las campanas ovales (A. González 1992; González y Vargas 1999; González y Cabanillas 2004). La llegada incaica a la región encontró talleres metalúrgicos dotados con mano de obra especializada y que manejaban con soltura el bronce estañífero, considerado como la aleación imperial por excelencia (Lechtman 1978: 511; Earle y D'Altroy 1989: 203).

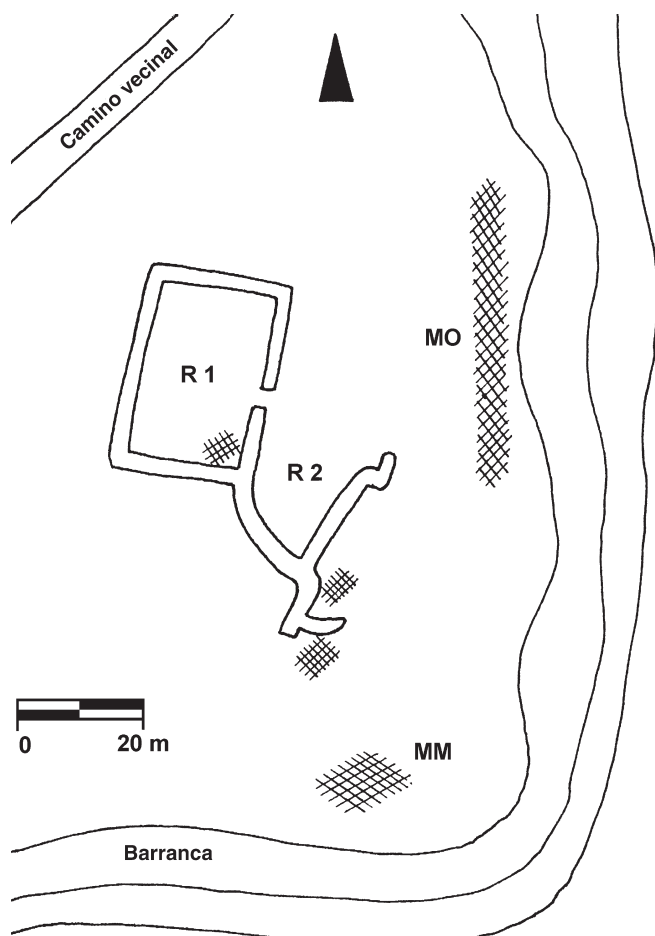


Fig. 7. Sitio 15 de Rincón Chico. Se indican las áreas de actividades metalúrgicas.

Si bien hay acuerdo entre los autores en considerar a la explotación de metales como uno de los principales intereses atendidos por el incario en el Noroeste Argentino, fueron escasos los estudios arqueológicos dedicados a calibrar el modo en que la organización tecnológica local fue aprovechada y, eventualmente, modificada (cf. Earle 1994; Raffino *et al.* 1996). Los datos más completos provienen de las investigaciones llevadas a cabo en el Sitio 15 de Rincón Chico (Fig. 7), donde, entre los siglos X y XVI, operó un taller metalúrgico que parece haber desarrollado una creciente escala de producción al ritmo del proceso sociocultural de la región. Durante las extensas excavaciones realizadas en distintos sectores del taller se recuperaron y registraron evidencias correspondientes a todas las etapas del proceso de producción metalúrgica: minerales de cobre y de oro, fragmentos de moldes y crisoles, estructuras de fundición, diversos tipos de escorias y restos de metales, así como instrumental de piedra utilizado en la manufactura y terminación de los objetos (L. González 1992, 1997, 2001; Tarragó y González 1996). El estudio de las evidencias y 11 fechados radiocarbónicos permitieron establecer las características de la organización productiva y sus transformaciones históricas. De acuerdo con los datos generados, desde los comienzos de la ocupación comenzaron a elaborarse objetos de bronce estañífero, en algunos casos mediante moldes de cera perdida, utilizando para la fundición crisoles que eran calentados en estructuras de combustión excavadas en el suelo. Con el correr de los siglos, el nivel de producción parece haber ido incrementándose con la habilitación de nuevas áreas de trabajo dentro del sitio. A partir de la dominación incaica, el taller aumentó aún más la escala de actividades, habiéndose incorporado una batería de hornos de cuba del tipo *huayra* (L. González 2002c).

El taller estaba ubicado a la vera de lo que, al parecer, constituyó uno de los tramos troncales del camino incaico que atravesaba la zona (Fig. 1). Este camino llegaba desde el norte, uniendo importantes postas como Tolombón, Pichao, Quilmes y Fuerte Quemado y, hacia el sur, tras cruzar el río Santa María en San José Banda, pasando por Loma Rica, Ampajango y Pajanguillo, abandonaba el valle en el tambo de Punta de Balasto. La ruta principal se dirigía luego hacia conocidas instalaciones imperiales como Shincal. La posición del Sitio 15 dentro del sistema vial tenía sus consecuencias para la organización de la producción metalúrgica. Por un lado, se aseguraba una eficiente movilización de materias primas minerales, teniendo en cuenta que estos materiales, en particular el óxido de estaño, debían transportarse desde una distancia más o menos considerable. De igual modo, la evacuación de productos desde el taller para su eventual distribución regional o extrarregional también habría sido más aceptada. Por último, todos los aspectos de la producción metalúrgica quedaban con mayor claridad sujetos al control estatal. La planificación espacial de la organización productiva, con su específica logística de aprovisionamiento de materias primas, eficaz movimiento de bienes y supervisión de los talleres que fuera postulada a partir de la evidencia de Rincón Chico, se fortalece con los datos de áreas de actividades de fundición registradas en asentamientos vecinos, como Las Mojarras y Fuerte Quemado, y que sugieren la presencia de talleres asociados a la ruta imperial (González y Tarragó e.p.).

No obstante, más allá del empujón otorgado a la escala de producción metalúrgica en el taller del Sitio 15, el incario no parece haber incorporado modificaciones técnicas de peso. Como se mencionó, la aleación cobre-estaño era manejada en la región desde unos cuantos siglos antes. Una comparación entre las proporciones de estaño en 35 piezas de metal analizadas procedentes de la región (24 asignables a momentos preincaicos y 11 a momentos incaicos) mostró un escaso aumento del aleante bajo la administración imperial (de 4,45% a 5,16%), el que no resulta significativo desde una óptica técnica (L. González 2001, 2002c). Al respecto, es útil indicar que en las 11 piezas incaicas, la variabilidad detectada en los contenidos de estaño sugiere que tampoco hubo intentos de estandarizar la dosificación del aleante (cf. Earle 1994: 456). Las cualidades de los refractarios no sufrieron variaciones (L. González 1997). De hecho, a lo largo de la secuencia de ocupación del Sitio 15, los modos de preparación de moldes y crisoles respondieron a las mismas normas técnicas, no solo en la estructura de las pastas sino también en las características de operación de los materiales (por ejemplo, los recubrimientos de fosfato de calcio y el uso de coladas por cera perdida).

Una modificación significativa impuesta por la administración incaica parece haber sido la demanda de lingotes de diversos tamaños, lo que se adecuaba con una organización productiva dentro de la que una parte de los metales obtenidos ingresaban a una red de movilización regional o macrorregional para su posterior procesamiento en otro lugar. Es sugestivo que algunos moldes de lingotes se asocien a evidencias de minerales de oro y restos de fundición de minerales de oro, tales como las incrustaciones en crisoles. Es posible que algunos de estos lingotes se relacionaran con el traslado de metal precioso, de propiedad «natural» del Inca, hacia el Cuzco. Al respecto, es conocida la documentación etnohistórica que da cuenta de la existencia de una organización formalizada para el traslado de metales preciosos desde el Noroeste Argentino hacia el centro del imperio (Montes 1959: 88-89).

Sin embargo, el procesamiento del metal precioso fue incorporado como una más de las tareas a desarrollar en el taller. La reorientación de la producción metalúrgica en el lugar no significó que los artesanos dejaran de manufacturar aleaciones de bronce estañífero. No se han podido identificar, a partir de los restos de moldes recuperados los modelos de objetos habitualmente asociados a la ocupación incaica en el Noroeste Argentino —como *liwi*, *tumi* y *topu*— aunque, teniendo en cuenta los hallazgos procedentes de la región, es presumible que ellos hayan sido incorporados como objetivos de producción (González y Palacios 1996; González *et al.* 1999). Pero las evidencias no dejan lugar a dudas de que las elaboradas piezas del repertorio local que requerían

cantidades relativamente importantes de material, en particular discos y campanas, siguieron fabricándose. Tanto los objetos procedentes de la región y depositados en colecciones como los motivos grabados en los moldes recuperados indican que el estilo decorativo santamariano en los metales continuó vigente.

5. La alfarería

Los estilos cerámicos asignados al llamado «momento imperial» en el Noroeste Argentino fueron incluidos en cuatro categorías (Calderari y Williams 1991: 79): a) Inca Cuzqueño o Imperial (piezas importadas); b) Inca Provincial (piezas locales que imitaban a las cuzqueñas); c) Inca Mixto (piezas que combinaban elementos cuzqueños y no cuzqueños); y, d) fase Inca (piezas de estilos locales que sufrieron modificaciones). Las urnas funerarias santamarianas se consideraron dentro de esta última categoría y, en lo que hace a la trayectoria estilística de las piezas, las denominadas fases IV y V (*sensu* Perrota y Podestá 1978) se corresponderían con las épocas incaicas. En las urnas se advierten, respecto de momentos previos, ciertos cambios en las formas y proporciones de las piezas y la distribución de los motivos iconográficos. Los muy altos cuellos y los cuerpos pequeños, de forma esferoide (fase IV) o elipsoide (fase V), contrastan con los cuerpos abarillados y cuellos cortos o intermedios de la variedad tricolor. En cuanto a la decoración, es de tipo lineal, predominando el reticulado, para llenar los elementos de diseño triangulares o romboidales. Los temas de serpientes bicéfalas y la representación del suri se mantienen pero con modificaciones estilísticas y hay motivos nuevos, como la hilera de «polluelos» en sentido oblicuo y ascendente sobre el cuello, al igual que la aplicación de «cabecitas» modeladas en el cuerpo por encima de las asas (Fig. 8). No obstante, tales cambios resultan tan sutiles que no es arriesgado considerarlos poco significativos teniendo en cuenta tanto el impacto que debería esperarse a partir de la imposición de las condiciones de la organización estatal en las comunidades locales como la alta susceptibilidad de la alfarería para reflejar esas nuevas condiciones y asimilar nuevos repertorios. De igual modo, los estudios tecnológicos han puesto al descubierto una continuidad en los procedimientos de manufactura de las piezas, con pastas de similares cualidades a las de fases preincaicas. Cabe recordar que elementos reconocidos en la iconografía incaica, tales como los dameros alternados en blanco y negro, y los rombos encadenados y concéntricos, dispuestos en una hilera vertical central en el cuerpo de las urnas (*cf.* Diseño «B» del Cuzco Polícromo, Rowe 1944), formaban parte de la paleta santamariana desde épocas anteriores. A modo de hipótesis, puede plantearse que entre los elementos incorporados a partir del dominio imperial en la región se encontrarían los motivos de guerreros con adorno cefálico tipo «ancla», la representación de los «polluelos» (Fig. 8 c, d) y las cabezas modeladas mientras se mantenía el *leit motiv* del anfibena. En la morfología habría impactado muy poco el estilo imperial, salvo la novedosa incorporación en vajilla de cocina de las ollitas de pie y una forma de grandes cántaros tronco-ovoides, usados también como urnas de párvulos, que recuerdan al aríbalo (Bregante 1926: fig. 139; Tarragó *et al.* 1997: fig. 14).

En Rincón Chico, la proporción de fragmentos de cerámica con estilos de raigambre incaica —los tipos Rojo Pulido, Negro sobre Rojo Sanguíneo e Inca Paya— es muy baja, predominando con amplitud el Santa María Bicolor. En algunos sectores del extenso poblado la presencia de alfarería imperial es nula. Las mayores frecuencias se concentran en las áreas más cercanas al fondo del valle, es decir, aquellas con una asociación más directa con las vías de comunicación. Si se comparan en este aspecto Rincón Chico con otra de las poblaciones más conspicuas del sur del valle, Fuerte Quemado, se observan ciertas diferencias que pueden ser interpretadas en términos de distintas formas operatorias de la dominación inca. La composición de la muestra cerámica de excavación en Fuerte Quemado incluye porcentajes relativamente elevados del tipo Inca Local, Negro sobre Rojo (entre 14 y 36% en recintos del fondo de valle) en relación a las vasijas Santa María Negro sobre Crema en sus diversas variedades (Kristkauský 1999). Este estilo resulta de interés porque aparece como otro tipo Inca Mixto, con cualidades de pasta y algunos diseños de la tradición Santa María-Belén, combinados con otros que se cruzan con el Inca Paya y aún con el Inca Humahuaca, como es

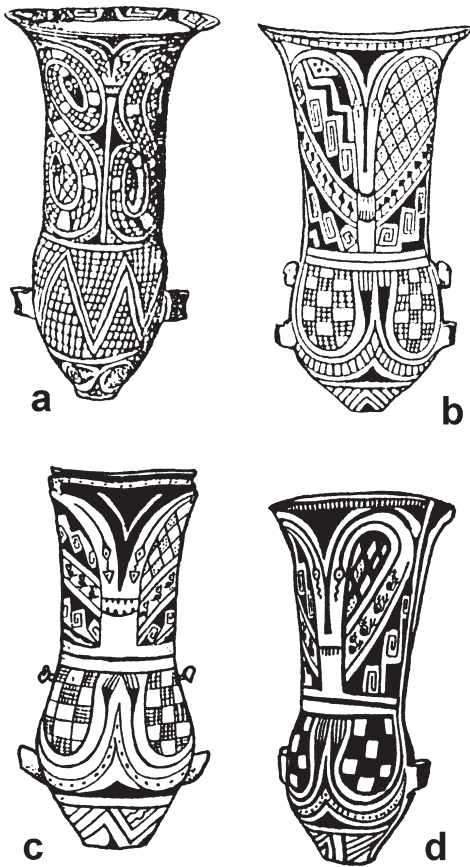


Fig. 8. Urnas santamarianas de la fase V. Alturas: a. 65 centímetros; b. 76 centímetros; c. 64 centímetros; d. 61 centímetros.

el caso de los triángulos reticulados. Es pertinente mencionar que, en cuanto a los conjuntos arquitectónicos, las instalaciones de Fuerte Quemado son, al igual que en Rincón Chico y Las Mojarras, extensas y complejas, involucrando el espacio alto y bajo de las serranías e incluyendo, al menos, dos probables estructuras ceremoniales en la parte superior de dos morros. Las diferencias constructivas de las estructuras ceremoniales llevaron a proponer que en Fuerte Quemado operó una tradición cuzqueña más definida, mientras que en Rincón Chico el Estado habría preferido exaltar una antigua y reconocida huaca regional a fin de establecer un nexo con las tradiciones ancestrales de las poblaciones locales (*cf.* González y Tarragó e.p., Tarragó y González 1996). La diferente representación de la cultura material en ambos sitios probablemente refleje las disímiles condiciones políticas expresadas en las prácticas ceremoniales.

Algunos autores han incluido dentro de la categoría Inca Provincial, según la clasificación mencionada más arriba, al estilo Famabalasto Negro Grabado, denominándolo Chaquiago Negro Inciso (Calderari y Williams 1991: 83). No obstante, tenemos claras evidencias de que el estilo se desarrolla por lo menos desde el siglo X y, con seguridad, desde 1300 d.C., de acuerdo con fechados radiocarbónicos (Tarragó 1998: 227, 229; Palamarzuk y Manasiewicz e.p.: fig. 2). Lo que efectivamente ocurre a partir de la dominación incaica, es que piezas del estilo Famabalasto Negro Grabado trascienden su ámbito de circulación y aparecen en contextos externos a la unidad territorial valle de Yocavil-El Cajón. Se le ha reconocido en Potrero Chaquiago (Andalgalá), El Shincal (valle de Hualfín) y Potrero de Payogasta (valle Calchaquí norte), todos ellos asentamientos estatales de importancia estratégica (Palamarzuk y Manasiewicz 2001), siendo probable que esta nueva distribución esté señalando la intervención de los administradores cuzqueños.

Más allá de esta cuestión, las características tecnológicas y decorativas de las piezas tardías del estilo Famabalasto Negro Grabado mantienen identidad con las de épocas preincaicas. En este sentido, sería aconsejable desvincular el supuesto parentesco entre los estilos Famabalasto Negro sobre Rojo y Famabalasto Negro Grabado, vinculación surgida de la aplicación del criterio del «sitio tipo» que era corriente en la arqueología de la década de los sesenta en el Noroeste Argentino. Como fuera expresado, para la iconografía plasmada en las piezas fueron seleccionados solo algunos motivos del repertorio santamariano, en particular las guardas de rombos u óvalos encadenados con un punto o rayita central, líneas quebradas, escalonados, grecas y motivos serpentiformes. Es relevante subrayar que el modo de representar el primer motivo y su disposición en las piezas, sobre todo escudillas, es casi idéntico a como aparece en las placas y campanas de bronce y que, además, fue logrado por incisión, procedimiento similar al empleado en los refractarios para obtener representaciones en líneas en relieve en los metales colados. En este sentido, puede plantearse que este tipo alfarero representa un puente simbólico y material entre la labor de los ceramistas y los metalurgistas santamarianos.¹ De igual modo y teniendo en cuenta su restringida representación y distribución, sus cualidades tecnológicas y las características funcionales de las piezas conocidas (¿recipientes para libaciones?), se adelanta la hipótesis de que el Famabalasto Negro Grabado habría estado relacionado con desempeños ceremoniales, compartiendo el escenario ritual con la parafernalia de bronce.

6. Comentarios finales

El estudio de la ocupación inca en el sur del valle de Yocavil ha posibilitado generar datos de interés para el análisis de la articulación del Estado con las sociedades complejas locales. Las investigaciones en curso muestran que la presencia inca fue mucho más intensa que lo que se conocía hasta hace unos años, pero con un reflejo arqueológico que no se ajusta estrictamente a los rasgos «típicos» a partir de los que se suele evaluar la ocupación imperial en los Andes Meridionales. Por el contrario, las evidencias tienden a adquirir un carácter más sutil y no necesariamente cargado de espectacularidad. Sin lugar a dudas, la incorporación de la región al Tawantinsuyu aparejó profundas transformaciones en la organización social de las comunidades nativas, entre ellas las derivadas de la redefinición de las relaciones de poder. En el nuevo orden, el prestigio y la autoridad de las elites políticas locales era sostenido, en última instancia, por el reconocimiento emanado del Cuzco, plasmado, por ejemplo, en la exhibición de determinados ítems de la cultura material vinculados con el poder central. Las condiciones de dominación habrían sido apuntaladas mediante la manipulación y el ajuste del aparato ideológico vigente, institucionalizando la cosmología y las formas rituales oficializadas por el Estado. En esta dinámica, los metales y la alfarería constituyeron materiales adecuados para operar como símbolos políticos y religiosos, y la administración cuzqueña encontró una aceptada organización diseñada para producirlos.

En Rincón Chico, uno de los asentamientos más extensos de la zona, las evidencias de la presencia incaica se presentan focalizadas en algunos sectores de la localidad. Donde la ocupación cuzqueña aparece con mayor claridad es en los grupos constructivos más cercanos al fondo del valle, en los que los fragmentos de alfarería, los fechados radiocarbónicos y las remodelaciones arquitectónicas sugieren una preocupación por parte del incario de ejercer un control sobre las actividades que en ellos se desarrollaban. Las evidencias nos alientan a concluir que los administradores incaicos habrían mantenido las estructuras básicas de las organizaciones sociopolíticas locales, introduciendo modificaciones solo en aquellos aspectos relacionados con un incremento en la producción de bienes para financiar las actividades del Estado. Esta situación aparece claramente ejemplificada en el curso que tomaron las actividades de producción metalúrgica.

Atribuimos estas características a las condiciones sociopolíticas bajo las que interactuaron el Estado y las organizaciones locales. En este sentido, los objetivos del gobierno central chocaron

con los intereses particulares de las elites políticas locales, el sistema de representaciones dominante y la dinámica de los conflictos sectoriales, factores que constituyeron fuerzas activas que matizaron el modo en que la dominación estatal fue plasmada. En el proceso de ocupación territorial no solo los planificadores cuzqueños exhibieron una amplia flexibilidad para desplegar sus objetivos particulares. También las formaciones sociales abarcadas desarrollaron sus propias estrategias para no perder espacio dentro de las nuevas condiciones y la cultura material fue uno de los medios utilizados para dirimir el conflicto.

Es de interés señalar que, así como ocurre con la alfarería de tipos incaicos, en Rincón Chico son extremadamente bajas las frecuencias de fragmentos cerámicos de modalidades del Noroeste Argentino asociadas con la presencia imperial, como Famabalasto Negro sobre Rojo y Yocavil, cuya presencia ha sido interpretada en otros lugares como evidencia del traslado de poblaciones por parte de los administradores incaicos. En el caso del sur del valle de Yocavil, esta información apunta a negar la implantación de *mitmaq*. La perduración de los estilos tecnológicos e iconográficos en metalurgia y cerámica, a su vez, estaría indicando que la organización productiva continuó en manos de operarios locales. En torno a este punto, es significativa la correlación entre la alfarería santamariana y la mencionada de estilo Famabalasto Negro Grabado, tanto en épocas preincaicas como incaicas y nos induce a proponer que este último mantuvo un valor simbólico y un reconocimiento cultural que atentó contra la circulación de aquellos bienes de tipo Famabalasto Negro sobre Rojo y Yocavil. Asimismo, este valor simbólico podría explicar que los administradores cuzqueños, como se indicara en líneas anteriores, se hubieran interesado por difundir piezas de estilo Famabalasto Negro Grabado hacia asentamientos estatales externos al valle de Yocavil.

La perduración de los estilos tecnológicos e iconográficos, a diferencia de lo registrado para otros casos (por ejemplo, Inca Paya, Quebrada de Humahuaca y Diaguita Chileno), según se interpreta, implica un reconocimiento de la capacidad organizativa local y del nivel de desarrollo de su fuerza de trabajo. Pero también permite postular que la administración cuzqueña, como parte de sus estrategias políticas, habría aprovechado el prestigio regional de determinados bienes, apropiándose de los mecanismos de su distribución social, lo que puede resultar coherente con la amplia representación de los materiales santamarianos. A través de su iconografía se resumieron los principios fundantes del universo mítico surandino, base ideológica que fue aprovechada por los incas. En este cuadro, la confrontación de las ideologías dominantes, la estatal y la local, habría permeado de modo diferencial en la sociedad. Las tenues modificaciones estilísticas en la alfarería y en los metales que se registran en esta época nos están hablando de la multiplicación de fenómenos de resistencia cultural, señalando tanto estrategias desplegadas para la adecuación a un nuevo orden como esfuerzos para mantener y subrayar una diferenciación social y simbólica.

Notas

¹ En relación con el estudio de la manufactura de un disco de bronce procedente de la región, fue planteado anteriormente que, en la preparación del molde, habrían intervenido por lo menos dos equipos de artesanos: uno que habría preparado la forma básica y un segundo que se habría encargado de grabar en la cavidad los motivos que luego aparecerían en la pieza metálica colada (González y Vargas 1999).

REFERENCIAS

Bregante, O.

1926 Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste Argentino, tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Estrada, Buenos Aires.

Cabanillas, E., L. R. González y T. Palacios

2002 Three New Aguada Bronze Plaques from Northwest Argentina, *Bulletin of the Institute of Archaeometallurgical Studies* 22, 12-14, London.

Calderari, M. y V. Williams

1991 Reevaluación de los estilos cerámicos incaicos en el Noroeste Argentino, en: El imperio inka. Actualización y perspectivas por registros arqueológicos y etnohistóricos, 73-95, *Comechingonia* 9, número especial, vol. I, Córdoba.

Cigliano, E. M.

1956-1957 Investigaciones arqueológicas en la zona de Famabalasto (provincia de Catamarca), *Runa* 8, parte 2, 241-269, Buenos Aires.

1958 Arqueología de la zona de Famabalasto, departamento de Santa María (provincia de Catamarca), *Revista del Museo de La Plata*, Nueva serie 5, 29-122, La Plata.

DeMarrais, E., L. J. Castillo y T. Earle

1996 Ideology, Materialization and Power Strategies, *Current Anthropology* 37 (1), 15-31, Chicago.

Dobres, M.-A.

2000 *Technology and Social Agency: Outlining a Practice Framework for Archaeology*, Blackwell, Oxford.

Dobres, M.-A. y C. R. Hoffman (eds.)

1999 *The Social Dynamics of Technology. Practice, Politics and World Views*, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.

Earle, T.

1990 Style and Iconography as Legitimation in Complex Chiefdoms, en: M. Conkey y C. Hastorf (eds.), *The Uses of Style in Archaeology*, 73-81, Cambridge University Press, Cambridge.

1994 Wealth Finance in the Inka Empire: Evidence from the Calchaqui Valley, Argentina, *American Antiquity* 59 (3), 443-460, Salt Lake City.

Earle, T. y T. D'Altroy

1989 The Political Economy of the Inka Empire: the Archaeology of Power and Finance, en: C. Lamberg-Karlovsky (ed.), *Archaeological Thought in America*, 183-204, Cambridge University Press, Cambridge.

González, A. R.

1983 Nota sobre religión y culto en el Noroeste Argentino prehispánico. A propósito de unas figuras antropomorfas del Museo de Berlín, *Baessler Archiv*, Neue Folge 31, 219-282, Berlin.

1992 *Las placas metálicas de los Andes del sur. Contribución al estudio de las religiones precolombinas*, Kommission für Allgemeine und Vergleichende Archäologie, Mainz am Rhein.

1998 *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*, Filmediciones Valero, Buenos Aires.

González, L. R.

1992 Fundir es morir un poco. Restos de actividades metalúrgicas en el valle de Santa María, provincia de Catamarca, *Palimpsesto* 2, 51-70, Buenos Aires.

1997 Cuerpos ardientes. Interacción surandina y tecnología metalúrgica, *Estudios Atacameños* 14, 189-210, San Pedro de Atacama.

1999 Tambo feroz. Nuevos datos sobre el asentamiento de Punta de Balasto y la ocupación incaica en el sur del valle de Santa María (provincia de Catamarca), en: C. Díez Marín (ed.), *Actas XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, tomo I, 222-232, La Plata.

- 2001 Tecnología y dinámica social. La producción metalúrgica prehispánica en el Noroeste Argentino, tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- 2002a «A sangre y fuego». Nuevos datos sobre la metalurgia Aguada, *Estudios Atacameños* 24, 21-37, San Pedro de Atacama.
- 2002b Historias del lado sur. Estudios arqueometalúrgicos en el Noroeste Argentino, en: D. K. Grinberg (ed.), *Tecnologías metalúrgicas en América prehispánica*, 33-51, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D.F.
- 2002c Heredarás el bronce: incas y metalurgia en el Noroeste Argentino, *Intersecciones en Antropología* 3, 55-68, Olavarría.

González, L. R., E. Cabanillas y T. Palacios

- 1999 El pozo y el tumi. Arqueometalurgia del sur del valle de Yocavil, *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 18, 207-222, Buenos Aires.

González, L. R. y A. Vargas

- 1999 Tecnología metalúrgica y organización social en el Noroeste Argentino prehispánico. Estudio de un disco, *Chungara* 31 (1), 5-27, Arica.

González, L. R. y E. Cabanillas

- 2004 Las campanas ovales de bronce del Noroeste Argentino prehispánico, *Revista Andina* 38, 225-251, Cuzco.

González, L. R. y M. N. Tarragó

- e.p. Vientos del sur. El valle de Yocavil (Noroeste Argentino) bajo la dominación incaica, para publicarse en: *Estudios Atacameños* 29, San Pedro de Atacama.

González, L. R. y T. Palacios

- 1996 El volar es para los pájaros. Análisis técnico de dos piezas metálicas procedentes del valle de Santa María, provincia de Catamarca, *Arqueología* 6, 10-25, Buenos Aires.

Kriskautzky, N.

- 1999 *Arqueología del Fuerte Quemado de Yokavil I*, Dirección Provincial de Cultura, San Fernando de Catamarca.

Lechtman, H.

- 1978 Temas de metalurgia andina, en: R. Ravines (ed.), *Tecnología andina*, 489-520, Instituto de Estudios Peruanos/Instituto de Investigación tecnológica, Lima.

Montes, A.

- 1959 El gran alzamiento diaguita (1630-1643), *Revista del Instituto de Antropología* 1, 81-159, Rosario.

Nastri, J.

- 1999a Arquitectura, organización del espacio e instalaciones prehispánicas tardías en el valle de Santa María, en: C. Díez Marín (ed.), *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, tomo III, 321-326, La Plata.

- 1999b El estilo santamariano de los Andes del sur (siglos XI a XVI), *Baessler-Archiv*, Neue Folge 47, 361-393, Berlin.

Palamarzuk, V. y M. Manasiewicz

- e.p. Tiempos antiguos: centralización y estandarización en la producción de la cerámica Famabalasto Negro Grabado, en: *Actas XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina (2001)*, Rosario.

Perrota, E. y C. Podestá

- 1978 Contribution to the San José and Santa María Cultures, Northwest Argentina, en: D. Browman (ed.), *Advances in Andean Archaeology*, 525-551, Mouton, The Hague/Paris.

Piñeiro, M.

- 1996 Manejo de recursos y organización de la producción cerámica en Rincón Chico, Catamarca, *Relaciones de la Sociedad Americana de Arqueología* 21, 161-186, Buenos Aires.

Raffino, R. A.

1981 *Los inkas del Kollasuyu*, Ramos Americana, La Plata.

1995 Inka Road Research and Almagro's Route between Argentina and Chile, *Tawantinsuyu* 1, 36-45, Canberra.

Raffino, R. A., R. Iturriza, A. Iácona, A. Capparelli, D. Gobbo, V. Montes y R. Vásquez

1996 Quillay: centro metalúrgico inka en el Noroeste Argentino, *Tawantinsuyu* 2, 59-69, Canberra.

Renard, S. F.

1997 Objetos textiles, pasos y caminantes trasandinos. Piezas similares y rasgos comunes en textiles arqueológicos de Argentina y Chile, *Estudios Atacameños* 14, 291-305, San Pedro de Atacama.

Rowe, J. H.

1944 An Introduction to the Archaeology of Cuzco, *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology* 27 (2), Cambridge.

Sjödín, S.

1998 Clay Pots and the Potters' Work. Archaeology and Ethnoarchaeology at Pichao in North-western Argentina, en: S. Ahlgren, A. Muñoz, S. Sjödín y P. Stenborg (eds.), *Past and Present in Andean Prehistory and Early History*, *Etnologiska Studier* 42, 33-52, Göteborg.

Tarragó, M. N.

1998 El patrimonio del valle de Santa María en peligro, en: *50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la antropología argentina. Homenaje a Alberto Rex González*, 205-253, Facultad de Filosofía y Letras/Fundación Argentina de Antropología, Buenos Aires.

2000 Chacras y pukara. Desarrollos sociales tardíos, en: M. Tarragó (ed.), *Los pueblos originarios de la Conquista. Nueva historia argentina* 1, 257-300, Sudamericana, Buenos Aires.

Tarragó, M. N., L. R. González y J. Natri

1997 Las interacciones prehispánicas a través del estilo: el caso de la iconografía santamariana, *Estudios Atacameños* 14, 223-242, San Pedro de Atacama.

Tarragó, M. N. y J. Natri

1999 Dimensiones de la complejidad santamariana, en: C. Díez Marín (ed.), *Actas XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, tomo II, 259-264, La Plata.

Tarragó, M. N. y L. R. González

1996 Producción especializada y diferenciación social en el sur del valle de Yocavil, *Anales de Arqueología y Etnología* 50/51, 85-108, Mendoza.